

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

textos y documentos

Número 429 y 430

Barcelona, 7 de Abril de 1938

Av. 14 de Abril, 556

EL PIE

que reposa
sobre el pe-
ñón de Gibraltar — ta-
lón de Aquiles cerca-
do por las baterías
alemanas — parece in-
sensible, tal que si fue-
ra de corcho.

Los gigantes se desesperan

Amanece en Europa. Brotes de primavera en los paisajes donde duermen los gigantes su sueño profundo. Sobre una pradera recién segada de los alrededores londinenses reposa el desmedido cuerpo de Gulliver. Jamás se vió, entre la bruma, gigante tan impecable. Jamás se vió hombre tendido a la larga, a la muy larga, tan atildado y compuesto. Ni una arruga en sus medias blancas. Ni el rastro de una mancha en sus calzones amarillos de bayeta peluda donde se posa el rocío. Ni un botón mal cosido en su levita de franela verde con botones dorados. Gulliver duerme sin abandonarse del todo, tal y como corresponde a un lord. Y, tal como corresponde a un inglés, duda al abrir sus ojos inmensos. «¿Estaré en el país de los gigantes o en el de los enanos? ¿Cuál es la talla del Führer? ¿cuál la medida exacta de la estatura del Duce?»

De modo bien distinto despierta el coloso francés. Gargantúa parece haberse quedado traspuesto luego de una opípara comilona, o lo que es igual: de una gran victoria. Así sucedió en efecto. El gigante rabelesiano, harto de triunfo, se encontró satisfecho y ahito después de haber firmado el armisticio. Desde entonces Francia, hecha un ovillo tricolor, ha dormido sobre la sábana en desorden del Tratado de Versalles. Según los síntomas, la siesta concluye. Gargantúa se despabila y bosteza. Se ha incorporado a medias, haciendo crujir los bosques del valle que le sirvió de blando lecho, y extiende su mano hercúlea hacia donde yacen desparrramadas las llamativas prendas de su vestido. El desaliñado gigante medieval adopta actitudes de despezo. En seguida, estrujando la primera nube que alcance, mitigará el ardor de sus sienas. A continuación sorberá de un solo trago — con la sed de cuatrocientas vacas febriles — buena parte del líquido caudal del Ródano. Por lo pronto, lo que acaba de ver le induce a la meditación. Por la carretera que cruza bajo el puente de sus piernas en arco, marcha una caravana de camiones cargados de naranjas españolas. Gargantúa siente la tentación de probar un gajo del agri dulce fruto. De seguro, después de probarlo, pensará en España. ¿Qué sucede en España?

Al otro lado del mar otro gigante se frota los párpados y se hace la misma pregunta. Gulliver se halla preso entre una espesa red de hilos finísimos que algún malintencionado ha tejido durante su sueño. El asombro del gigante británico sube de punto cuando contempla cómo, sobre la explanada cristalina de su reloj de oro, dos enanillos audaces — Hitler y Mussolini — se dan cita para acudir sin falta a la hora en que ha de consumarse el crimen mayor contra la Humanidad. Y aun hay más, para escándalo del gigante. Resulta que por la correa encerrada de su cinturón, desfi-

lan los soldados de la Reichswer; que Schuschnigg — canciller enano, gigante apócrifo — huye por la llanura de sus solapas, se esconde, presa de pánico, bajo la capilla que forma el nudo de su abultada corbata y allí contrae matrimonio; que el Duce ha destacado a los legionarios de Italia para que registren, con escrupulosidad de mendigos, sus bolsillos de gigante adinerado... Por si no bastase con esto para exasperar la ira del paciente, un «balilla» ha osado pinchar con acerada flecha la pantorrilla izquierda de Gulliver, que mira con ojos lánguidos cómo se corre el punto. Y para colmo, Franco ensaya el paso de la oca sobre el estómago del cautivo, ajando con sus espuelas el raso de aquel chaleco estampado, gloria y envidia de la gigantería andante.

¿De qué manera ha reaccionado Inglaterra ante la afrenta? Inglaterra, igual que Gulliver, teme ante todo, romper su traje, su parsimonia, si se levanta de un salto. Igual que el gigante, siente un extraño cosquilleo en una pierna. ¿Otra carrera en la media? No. Por ahora, simplemente, que la pierna se le ha quedado dormida. El pie que reposa sobre el peñón de Gibraltar — talón de Aquiles cercado por las baterías alemanas — parece insensible, tal que si fuera de corcho.

Con todo, Gulliver se agita. Jadea su compañero Gargantúa. Llega hasta sus oídos el clamor de la guerra española. En España lucha un hermano herido, un gigante traicionado que reclama venganza. Con sólo dar una zancada puede Gulliver plantar su zapato — charol y hebilla de plata — en las playas del Mediterráneo. Con el leve impulso de su dedo meñique, puede abrir Gargantúa la frontera de los Pirineos. La batalla, óiganlo, es contra los enanos madrugadores. Se trata de limpiar a manotazos el cielo de España. Caerán como moscas, los aviones fascistas. Se trata de cegar, pisando con suelas de siete leguas, el hormiguero totalitario abierto en la isla de Mallorca.

España combate y espera. Sabe de sobra que los gigantes no se despiertan súbitamente. Pero tampoco quisiera aprender a su costa que lo único que se proponen Gargantúa y Gulliver con su aparente sobresalto, con sus ronquidos que parecen de amenaza, con su repentina agitación, con su mediana lucidez de gigantes adormilados, con sus iniciados gestos de despezo, es dar media vuelta en la cama para volver a conciliar lo irreconciliable: el sueño — esto es: la paz, la tranquilidad — a estas alturas. Cuando el reflejo de las bayonetas de Hitler entra por las rendijas de todas las ventanas.

Daniel TAPIA BOLIVAR

«La Vanguardia», 5-IV-1938.)

En el ejército faccioso los soldados españoles son tratados desconsideradamente

Los elementos extranjeros, que son los que mandan, distinguen, en cambio, a los moros

LONDRES. — Se sabe por noticias que se reciben de Gibraltar, que en el ejército faccioso, a los españoles que a la fuerza se han incorporado a filas, se los trata con terrible desconsideración.

Pasan hambre y están desnudos. Y se les roba, siempre que la ocasión se presente — y se presenta muy a menudo —, hasta los pocos céntimos que les enviaban, a ruegos suyos, de sus casas.

Las cartas de los soldados de-

muestran estos hechos. Aunque la censura militar, extremadamente rígida, no les permite ser muy explícitos, todos ellos, al dirigirse a sus familias, les piden dinero y paquetes con alimentos y ropa.

Se quejan también de la frecuente pérdida de los giros postales, así como del extravío de los paquetes. Frecuencia que indica sustracción.

Los artículos que más piden son calcetines y pantalones.

Se sabe también que en los

hospitales hay muchos enfermos de inanición, y que en Algeciras fallecieron, por esta causa, durante los últimos días, cinco muchachos del reemplazo de 1940.

Son frecuentes los desfallecimientos. El hambre hace tales estragos, que se refiere, como síntoma, el caso de un joven, muerto de repente, por no poder resistir la pena que le causó una carta de sus padres en la que le daban cuenta de un simple suceso familiar. Frente a

La aviación extranjera multiplica los bombardeos de ciudades de retaguardia

Día 2. — A las 19, por un hidro, contra Alcocebre, Alcalá y Torreblanca, en la provincia de Castellón.

Día 3. — A las 7'20, por cinco «Junker», que arrojaron un centenar de bombas contra Castellón de la Plana, quedando destruidas 26 casas. En el Hospital Provincial, los explosivos alcanzaron a la sala de operaciones, farmacia y pabellón de infecciosos.

A las 9, por tres aparatos, contra Vidreras y Llagostera (Gerona).

A las 11'55, por cuatro trimotores, contra Benicarló, donde echaron 25 bombas explosivas y ocho incendiarias, quedando destruidos 45 edificios y resultando diecisiete personas muertas y treinta heridas.

A las 13'52, por tres «Junker», contra Sagunto, siendo las bombas arrojadas treinta, de 150 kilogramos.

Día 4. — A las 0'35, contra Portbou, donde las baterías, abriendo fuego de cortina, impidieron a los aviones agresores situarse en la vertical del pueblo.

este tratamiento contrasta el que se da a los moros, para los que se tienen consideraciones y atenciones. Se dice que esto obedece a que los elementos extranjeros de los ejércitos de in-

vasión, que son los verdaderos dueños de la zona rebelde, aprecian mucho a las mesnadas moras. Las aprecian tanto como desprecian a los soldados españoles.

La obra del Gobierno de la República

EL TESORO ARTISTICO DE ESPAÑA, SALVADO

Frente a la salvaje actuación de la aviación de Italia y Alemania, que ha destruido algunos monumentos de arte, la República tiene el gesto de preocuparse, desde el primer día de la guerra, de salvarlos.

La Dirección General de Bellas Artes, por medio de la Junta del Tesoro Artístico, ha organizado el trabajo de salvación de todo aquello que estaba en peligro.

Además, hay que destacar un aspecto de su función, que ha sido el de incorporar a la colección de la República una gran cantidad de elementos que se desconocían y que vienen a llenar lagunas y completar series artísticas o períodos de nuestro pasado.

De Palacios, de Conventos, de Iglesias, de colecciones particulares, de lugares desconocidos, la Junta Central del Tesoro Artístico, en colaboración con sus Delegadas, ha recogido un material espléndido que hoy está bajo su custodia y que el día de nuestra victoria será ordenado y servirá de estudio y placer a quien quiera aprovecharlo.

Acaba de publicar la Junta del Tesoro Artístico, a grandes rasgos y a la ligera, un índice incompleto de estos «hallazgos notables».

Por su importancia, valor y belleza merecen destacarse los siguientes: «La Sagrada Familia», de la Escuela de Leonardo de Vinci, procedente del Convento de la Encarnación, fundado por Felipe III, que completa la colección de la pintura italiana del

Prado. «San Andrés y San Francisco», de la segunda época de El Greco. «La Adoración de los Pastores», del mismo pintor, que estaba en un pueblo de la Mancha. Una tabla flamenca de finales del siglo XV. «La Crucifixión», encontrada en Cuenca, en un asilo de ancianos, en mal estado, hoy en restauración, que de no haberse hecho a tiempo se «hubiese irremisiblemente perdido». Recogida por los soldados de la República, fué entregada, en Valencia, al Ministerio de Instrucción Pública, una tabla del siglo XV al XVI; estaba en muy mal estado, destruida, pero la Junta del Tesoro la ha restaurado. Una «Cruz Procesional gótica», que se encontraba en una iglesia de Aragón, pero era «digna de un templo de importancia, por su perfección y tamaño». Un hallazgo de gran valor bibliográfico: la página de un códice de la «Confesiones de San Agustín», probablemente del siglo VI.

Citamos sólo unas cuantas referencias de la Junta del Tesoro Artístico para que sirvan de documento a todos aquellos que siguen con interés la labor cultural de la República y para que los enemigos de España, los extranjeros invasores, sepan que, además de luchar contra ellos, el Gobierno y el Pueblo realizan otras funciones importantes.

MILICIAS DE LA CULTURA

Las Milicias de la Cultura, fuerza de choque del Ministerio de Instrucción Pública, en su intensa labor dentro y cerca del

(Continúa en la pág. siguiente.)

Ejército Popular, han conseguido unos resultados positivos, espléndidos, perfectos:

Unir a la organización militar de nuestros soldados un sentido, una posibilidad cultural. Hacer que el analfabetismo desaparezca. Llevar hasta las trincheras, entre fusiles y pólvora, escuelas y bibliotecas. Conseguir que el nivel de cultura de los soldados se eleve.

Su labor da fruto; y los soldados, mejor que nadie, en cartas y tarjetas postales que dirigen al Ministerio de Instrucción Pública, lo manifiestan.

De los muchos testimonios que se reciben destacamos algunos: (Carta de un soldado de una unidad del Frente del Ejército del Centro) «Gracias a las Milicias de la Cultura, sé leer y escribir. Por la República luchó y ella me ha redimido de la ignorancia». En una tarjeta postal, otro soldado del frente del Sur dice: «Camarada Ministro: por las Milicias de la Cultura y a los 43 años

puedo comunicarme con mis amigos. Ya sé escribir. Estoy libre de la esclavitud. Soy de Córdoba y estoy al servicio del pueblo libre. ¡Viva Córdoba libre del fascismo!» Un herido escribe: «En el hospital, además de curarme, me han enseñado a leer. Esta es la República por la que todos luchamos. ¡Viva nuestro Gobierno!».

Las Milicias de la Cultura han conseguido liberar del analfabetismo a un cincuenta por ciento de nuestros soldados. Han organizado cientos de bibliotecas, han enviado a los frentes sus teatros y escuelas, y las clases se dan en todas las Unidades del Ejército de la República. El Gobierno abre nuevos horizontes a la clase trabajadora para que el día de la victoria, cuando los soldados vuelvan a sus hogares, puedan encontrar en su pensamiento el camino claro que oriente sus aspiraciones.

Las Milicias de la Cultura están forjando un nuevo tipo de

combatiente, con una psicología especial y un concepto nuevo de la función guerrera. Los soldados saben hoy «que el camino de la Universidad empieza en los Rincones de Cultura del Frente».

El hecho de un pueblo que lucha por su independencia consiguiendo a la vez conquistar la cultura, sólo ha ocurrido en esta guerra.

El Gobierno de la República Española, además de preocuparse de la organización militar, cuida con esmero, con especial interés, todo lo que se refiere a cultura. Jefes preparados y competentes y también maestros capaces.

Nuestros soldados pueden, en cualquier momento que la lucha lo permita, leer y asistir a clase.

En las trincheras, la voz de los maestros suena más honda que las ametralladoras del enemigo y, frente a los ejércitos invasores, las bibliotecas creadas por la República funcionan con orden, protegidas por las armas leales.

En el campamento de prisioneros de Tarancón El ambiente en que se llevan a cabo los trabajos de construcción ferroviaria

(De nuestro corresponsal en Valencia)

II

UN ESTIMULO DE GRATITUD

Cuando les decimos que el informe del Director es favorable al trabajo que realizan los prisioneros, uno de éstos, intérprete sin duda de los compañeros que le escuchan, contesta a modo de explicación:

—Ponemos mayor interés en el trabajo porque nos estimula el deseo de corresponder al generoso comportamiento que con nosotros tiene la República.

Y añade:
—Como somos muchos, ya que sólo en esta brigada trabajamos más de setecientos prisioneros y a todos nos anima el mismo propósito, no es extraño que las obras se realicen con rapidez.

—Se les ha obligado a ustedes, en alguna ocasión, a un trabajo intensivo?

—No se ha dado el caso ni una sola vez—continúa el prisionero—. Se practica la jornada de ocho horas; pero, eso sí, ese tiempo se aprovecha bien.

—En tal caso—insistimos—, si alguien en la zona facciosa o en el extranjero hubiera dicho que la República somete a los prisioneros a la penalidad de trabajos forzados, ¿qué responderían ustedes?

—Pues, con toda lealtad, contestaríamos que eso es absolutamente falso.

OBRAS DEL FERROCARRIL DIRECTO MADRID-VALENCIA

Los prisioneros se dedican a incrementar obras de interés público. Y una de esas obras es la de construcción del ferrocarril directo Madrid-Valencia, que realizan los que se hallan en el campamento de la zona de Tarancón.

Tres ingenieros del Estado y varios capataces están al frente de los trabajos, que desde hace dos meses se efectúan en los trozos tercero y cuarto de la vía de Tarancón a Fuentidueña.

Se han terminado ya todos los kilómetros del trayecto Tarancón-Belinchón.

UNOS DETALLES

Los trabajos tienen diversos aspectos. Primero, se han practicado los desmontes; luego, la construcción de terraplenes, de las cajas de vía y del alcantarillado. Finalmente, se realizan las obras de consolidación y conservación.

actuación real del imputado, sino en las denuncias e informes recibidos—y el Tribunal da generalmente su aprobación a las penas propuestas.

El derecho de defensa, virtualmente, no existe. Se nombran defensores; pero en la mayoría de los casos no llegan ni a entrevistarse con sus patrocinados, por lo que éstos no saben quién les ha de defender. Su intervención en el juicio se limita a cumplir el encargo lo más rápidamente posible. Se han dado muchos casos en que el defensor se ha conformado con la petición fiscal.

LAS SENTENCIAS

Responden en general a un criterio acorde con las imputaciones falsas, aplicándose con todo rigor el Código de Justicia Militar vigente.

El Director del campamento nos ofrece pormenores demostrativos de la celeridad con que se hacen las obras.

—Como datos curiosos—nos dice—son de anotar, por ejemplo, los siguientes: ha habido semana en la que se han hecho 1.481 metros cúbicos de desmonte y 3.338 de terraplén. También ha habido ocasión en que una jornada de ocho horas ha sido suficiente para cubrir la parte de una alcantarilla, después de haber amasado cien kilos de cemento y el correspondiente hormigón.

COMPENSIACION EN LA LABOR CONSTRUCTIVA

Otro detalle que demuestra la compenetración entre las autoridades del campamento y los prisioneros es el siguiente:

El día 8 del pasado mes de marzo fueron iniciados los trabajos de construcción de un importante terraplén. Los ingenieros dieron a entender que, para el buen desarrollo del plan de las obras, sería muy conveniente que aquel terraplén pudiera estar terminado el día 21, si bien se abstendían de dar órdenes en este sentido, por comprender que el plazo resultaba excesivamente corto. Se enteraron de esto los prisioneros, y entre ellos surgió espontáneamente una determinación: ya que quienes dirigían las obras tenían la consideración humanitaria de no obligar a los prisioneros a que realizaran un trabajo intensivo, ellos debían corresponder llevándolo a cabo.

Y sin conminaciones por parte de las autoridades, los obreros realizaron los trabajos de manera que el día 16 estaban terminados. Ello dió lugar a que las autoridades encargadas obsequiaran a los prisioneros con una comida extraordinaria.

Por aquella zona circulan ya diariamente los trenes y, además, para el tráfico de camiones y tractores, está ya terminada una red de caminos que une la carretera general con el campamento y éste con los distintos lugares de trabajo.

De ese modo, contribuyen los prisioneros a la obra constructiva que el Gobierno de la República realiza y que ni un solo momento ha sido abandonada, a pesar de la atención primordial de la guerra, en la que el pueblo defiende su libertad y la independencia de la patria.

¡Los "defensores" de la Religión Católica!

El Padre Jaén fué encerrado por los falangistas de Melilla en una jaula de monos del Parque y después martirizado y escarnecido hasta que murió en su presidio

Esta infamia de Falange de Melilla, hasta ahora inédita, y que refiere con todo lujo de detalles una persona que regresó no hace mucho tiempo de la zona española de Marruecos, no puede producir ni asombro ni sorpresa. Es un caso más del cerril regodeo del fascismo, que ya tuvo amplio campo de experimentación en las tierras de Euzkadi, en Cádiz y primeramente en Extremadura, donde fué capturado, para después morir acribillado a tiros por un grupo de pistoleros en las cercanías de Burgos, en unión del que había sido gobernador de la citada ciudad: el famoso capuchino padre Revilla.

Son muchísimos los sacerdotes que en Vizcaya, en Guipúzcoa, en Alava, han sido asesinados por los fascistas. Los que no lo fueron en infamantes «excursiones» nocturnas, cayeron en virtud de sentencias ignominiosas impuestas por unos siniestros remedos de Consejos de guerra. Otros muchos religiosos cumplen brutales condenas en presidio o se los deportó del país donde cumplían la verdadera doctrina de Cristo.

Por eso, este nuevo crimen cometido por Falange en Melilla, no puede producir en la zona leal ni asombro ni sorpresa, aun cuando los detalles del hecho repugnen a toda conciencia honrada y demuestren la textura moral de los que se donominan a sí mismos guardadores del Derecho y defensores de la religión cristiana.

Todo el mundo le conocía en Melilla. Sus humildes ropas tales eran populares y respetadas en los barrios obreros de la plaza, donde el Padre carmelita Jaén, compenetrado con la verdadera misión de su sagrado ministerio, acudía a diario para prodigar atenciones a los desvalidos. Donde había una desgracia que consolar o una necesidad que atender, allí aparecía el Padre Jaén, practicando la verdadera caridad cristiana, discretamente, sin jactanciosa ostentación. Para los pobres melillenses era el religioso carmelita un verdadero paño de lágrimas.

Siempre fué así. Por eso, el Padre Jaén era querido y respe-

tado entre las clases populares y entre todas aquellas personas sensatas que estaban al corriente de sus bondadosas actividades... Pero el Padre Jaén tenía muchos y muy poderosos enemigos. Los que de la Religión cristiana hicieron pedestal para sus más turbias concupiscencias, le motejaban de socialista, de peligroso revolucionario. Le guardaban un profundo rencor, porque desde el púlpito los fustigaba por su sectarismo y por su falsa interpretación de las predicaciones del Redentor.

Al iniciarse la sublevación de los militares traidores contra la República, el virtuoso carmelita, espantado de aquella orgía de sangre que en nombre de la Religión cristiana vertían los fascistas, se dedicó a interceder para que cesara aquel vendaval de asesinatos injustificados. Cuando ya vió que no le hacían caso, protestó, anatematizó maldijo a los autores de tanta barbarie y, con la general indignación de la ciudad, los falangistas le encarcelaron, haciéndole objeto de las más humillantes vejaciones, del más desconsiderado trato, que intensificaban al observar que eran impotentes para acallar las protestas del religioso, que todo lo soportaba con estoica resignación.

En su furor, los falangistas le pasearon amarrado por las calles, alentando los insultos y las pedradas que le daban los in-

civiles jovencitos afiliados a los «flechas» y «pelayos». Después le encerraron en una jaula de las destinadas a los monos en el Parque de Melilla, y allí, durante días, sufrió la infame bafa y el martirio cruel de ser tratado como un simio más, o peor aún, ya que sólo a él se le hostigaba, maltratándole con palos y punzones.

Y no eran chiquillos solamente los que acudían a injuriar al desventurado religioso. También las señoritas de la «buena» sociedad de Melilla iban todas las tardes, y con manifestación hostilidad se acercaban a la jaula y arrojaban pedacitos de pan y paquetes de inmundicias. El Padre Jaén miraba angustiado a sus inhumanos visitantes y los bendecía cuando lo golpeaban o lo insultaban.

Cerca de veinte días lo tuvieron en la jaula; pero, hombre de débil constitución física, el Padre Jaén, magullado, comiendo una inmundicia bazofia y atormentado por una gran amargura, cayó enfermo y hubo necesidad de sacarlo de su encierro a toda prisa. Lo llevaron al hospital, de donde apenas convaleciente volvieron a trasladarlo a la jaula del Parque, hasta que, al cabo de nueve meses de martirio, una mañana le encontraron muerto en un rincón de la «cárcel» que la crueldad fascista le había proporcionado.

El terrorismo fascista en Euzkadi

III

LOS TRIBUNALES MILITARES

En la zona de Franco no tienen jurisdicción alguna los Tribunales civiles. Actúan exclusivamente los militares. Veamos cómo actúa esta justicia organizada legalmente.

Como primer trámite, se toma declaración al preso, más por fórmula que por la necesidad de información, toda vez que la base fundamental de las acusaciones son los informes que de cada preso se reciben o la de-

nuncia que motivó su detención. A los pocos días, el procesado comparece ante el llamado Tribunal militar. Estos juicios—salvo raras excepciones—son globales; es decir, que en cada uno de ellos comparecen presos que ni siquiera se conocen entre sí, y sobre los que pesan las más distintas acusaciones y responsabilidades. Con frecuencia se juzga a cincuenta presos en un solo Consejo, sin que entre ellos exista la menor relación. Su desarrollo es puramente ritual. El fiscal lee la acusación—basada no en los hechos ni en la

SPANISH TESTAMENT

Por Arthur Koestler

(Continuación)

toque. Mientras dura, el patio enmudece, los presos se cuadran. La luz del atardecer suaviza en sus rostros las huellas del sufrimiento. Todos escuchan el toque; algunos con la boca abierta: es la única música que oyen.

La última nota vibra un rato. Los presos siguen cuadrados hasta que se apaga el sonido. El carcelero escucha con la cabeza hacia adelante para percibir el final delgado y persistente de la última nota. Entonces toca su silbato.

Los presos giran y, al segundo toque, el cuadro que formaban se deshace, alineándose de cuatro en cuatro. Cinco minutos después, el patio está oscuro y desierto.

A veces maulla algún gato. Cuando ha llovido, las estrellas se reflejan en los charcos.

Si hay luna llena, las paredes y el suelo tienen una blancura de cal y las ventanas de las celdas bostezan como negras bocazas, emitiendo quejas y ronquidos.

Hay en nosotros un curioso mecanismo que romantiza el pasado; la memoria presta colores al film de nuestras lejanas experiencias. Es un proceso muy primitivo y los colores se mezclan unos con otros; quizás por esto resulten tan legendarios.

En una palabra, aunque no lo admita, todo preso siente la añoranza de su celda. Y lo que es aún más raro, tiene la sensación de no haber sido nunca tan libre como entonces. Es una cosa extraordinaria y muy difícil de explicar; pero tras ella se oculta un sentimiento auténtico y vivo: el sentimiento de la irresponsabilidad.

Claro que nuestra vida no era comparable con la vida normal de los presos; la constante amenaza de la muerte añadía y quitaba peso a nuestra existencia. Entre nosotros, muchos no temían la muerte, sino el acto de morir, e incluso en algunos instantes dominábamos ese temor. Entonces éramos libres, hombres sin sombras, al margen de los mortales: realizábamos en nosotros la más completa libertad que puede concederse a un hombre.

Esos momentos no vuelven y cuando se está nuevamente en medio del tráfigo, le traen a uno la sensación de haber olvidado algo en la celda número 41.

Los milicianos del gran patio eran, en realidad, aficionados a la guerra. A pesar de haber estado en el frente, creían en los milagros. Diariamente corrían noticias de nuevas victorias. Hoy se ganaba Toledo, al día siguiente, Córdoba o Vitoria.

Nunca logré descubrir las fuentes de esos rumores. Rondaban la cárcel, caían papelitos desde las ventanas, se cuchicheaban en los pasillos. ¿Habían alguien en la casa que inventara adrede esos cuentos de victorias? ¿Creían en ellos quienes los propalaban, o hacían como si los creyeran?

Los niños suelen ponerse ante el espejo y hacer muecas para asustarse. Los presos hacían lo contrario. Erán mequinos unos con otros, implacables y a veces sin piedad. Pero alimentaban sus mutuas esperanzas porque no soportarían morir sin ellas y por una causa perdida. Hoy caía Toledo, mañana Burgos y Sevilla: se engañaban para morir como los niños lloran para dormirse.

Pero en un solo punto su información era exacta. Cada uno de los mil trescientos presos sabía a cuántos habían fusilado la noche anterior.

Los delincuentes del «hermoso patio» eran casi todos casos graves. Su parecido entre sí era asombroso, aunque no llevaban uniforme ni tenían todos la cabeza rapada. Se parecían entre sí como se parecen los viejos matrimonios, o como los antiguos criados se parecen a sus amos.

Sólo estuve un cuarto de año en la cárcel, pero fué suficiente para darme una idea de la fuerza que adquiere este proceso de adaptación protectora. Desde el primer día sentí que mi nueva situación exigía en mí una actitud definida, como lo exige la vida en los cuarteles o la vida en las colonias. La primera vez que el carcelero me puso la escoba en las manos, adopté automáticamente, sin reflexión por mi parte, un aire de distinguida incompetencia, aunque en mis largos años de soltero aprendí con bastante éxito a manejar

la escoba. El papel que me tocaba representar allí—el de la inocencia en tierra extraña—se me escurrió automáticamente, gradualmente, convirtiéndose, a medida que pasaba el tiempo, en una máscara que no requería por mi parte el menor histrionismo consciente. Esta transformación automática me asombró más que a nadie. Puede observarse en un ejemplo vivo la fuerza biológica que ejerce este proceso de mimetismo protector.

El prisionero, inocente o culpable, cambia de forma y de color asumiendo el molde bajo el cual puede procurarse más fácilmente el máximo de esas ventajas mínimas asequibles en el marco del sistema penal. En el mundo exterior, reducido ahora a la categoría de sueño, se lucha por una posición, por el poder, el prestigio, las mujeres. Para el preso esas son las heroicas batallas de los semidioses olímpicos. Aquí, entre los muros de la cárcel, se lucha por un cigarrillo, por un permiso para salir al patio, por la posesión de un lápiz, por afeitarse o por un baño. Es una lucha por objetos mínimos, sin valor, pero es también una lucha por la vida. Con la diferencia que al preso sólo le queda un arma: la simulación y la picardía desarrolladas hasta la acción refleja. Le han despojado de todos los demás medios. El tacto y el oído de un ciego se agudizan; el preso sólo puede evolucionar en una dirección: la del artificio creciente. En la atmósfera de estufa que le rodea, no puede eludir esa fatal transformación del carácter. Siente que le crecen las uñas; una expresión furtiva y servil aparece en sus ojos; sus labios se vuelven finos, jesuíticos; su nariz, prieta y agitada; sus fosas nasales, dilatadas y pálidas como en la mascarilla del poeta que escribió el *Inferno*; sus rodillas se aflojan; sus brazos se alargan y oscilan como los del mono. Los que defienden la teoría de la raza y niegan la influencia del ambiente en el desarrollo del ser humano, deberían pasar un año en la cárcel observándose diariamente en un espejo.

El concepto corriente de la vida en la cárcel puede expresarse en forma de ecuación.

La vida de la cárcel es igual a la vida normal, menos la libertad.

La ecuación es falsa. Enunciada correctamente sería: la vida normal es, a la vida de la cárcel, lo que la vida en la tierra es a la vida en la luna. Las magnitudes infinitas se desvanecen, los conceptos terrenales pierden su significado.

Por ejemplo, el concepto de la monotonía. La monotonía se presenta como característica esencial de la vida en la cárcel, cuando la vida en una celda es, al contrario, una intensa sucesión de emociones. La puerta al abrirse suscita siempre un interés inédito. Para el preso, el abrir y cerrar de su puerta produce los dos sonidos de máxima importancia: el punto y contrapunto de su existencia.

Lo primero que oye es el tintineo de las llaves fuera; a eso reacciona invariablemente con un aceleramiento del pulso. Si percibe el tintineo a la hora de comer, es que uno de los tres puntos culminantes del día ha llegado; si es en horas extraordinarias, puede significarlo todo, y las más terribles y maravillosas posibilidades asaltan la mente del preso. ¿Una carta, una visita, un indulto? Si el rey en persona lo esperara en su carroza de oro para ponerle en libertad, el preso lo hallaría naturalísimo, durante esos minutos que separan el tintineo de las llaves y el abrir de la puerta.

La vida del mundo se le ha hecho ya tan irreal e inconcebible como lo es la vida de un preso incomunicado para el hombre de fuera.

Mucho antes de conocer España me imaginaba a la muerte como a un español: uno de esos nobles señores pintados por Velázquez, con calzones negros, golilla y una mirada de cortés indiferencia. Debí de hacerle poca gracia cuando fusilaron al pequeño Nicolás con su barba de tanto tiempo. Cubrió indignado la faz del miliciano con esa máscara de digna rigidez, propia de la etiqueta de su corte.

En aquella casa de Sevilla éramos mil trescientos cortesanos suyos. Ningún lacayo de librea anunciaba la venida del noble señor;

desempeñaba el oficio de heraldo un curita grasiento y la introducción de los novicios se efectuaba en voz baja.

Me lo encontré una o dos veces cara a cara. Sólo me alargó la punta de sus dedos. —¿Cómo está usted?—murmuró—. Le veré más tarde.

Y pasó seguido por el cura que tocaba la campanilla.

Olvidó su promesa y no volvió. Pero yo no pude olvidarle, y pensé en él todo el tiempo; siempre ocurre lo mismo cuando se co-dea uno con los poderosos.

Eramos mil trescientos cortesanos del gran señor. Nos portábamos como patanes. Sobre todo, los campesinos, y en particular, los pobres y humildes con sus toscos modales no encajaban en la sutil atmósfera de la corte. Se presentaban ante el señor con el estómago lleno, atiborrándose antes de judías; cuando estaban ante él, tan frío y displicente, gritaban de terror, pedían socorro y llamaban a sus madres. Con su conducta infringían la etiqueta cortesana, hacían preguntas absurdas, inquiriendo el cómo y el porqué, y perdían la educación hasta el colmo de llamar *clown* al negro y grasiento individuo de la campanilla. Algunos cantaban canciones populares, las cantaban desafinando, llorando en voz ronca. Incluso al terminar la audiencia, ya cubiertos con las máscaras convencionales, tampoco hacían buena impresión.

Ni a los demás les sentaba bien aquel ambiente. El bibliotecario adoptaba unos modales burocráticos grotescos; el oficial demostraba un sentimentalismo fuera de lugar hacia el «rojo populacho». El hombre de carga se transformó en moralista; los dos amigos que esperaban juntos su audiencia hacia dos meses, se pelearon en la misma antecámara del señor. Todos apartaban la cabeza cuando alguien agonizaba. Despreciaban a los locos y evitaban a los moribundos.

El hombre de la campanilla, indigno descendiente de gloriosos antepasados, parloteara acerca de una prueba que debíamos sufrir. Todos fracasamos en ella, pero no por nuestra culpa.

Todos nos preguntábamos, mientras aguardábamos temblorosos la audiencia, ¿en honor o a favor de quién se nos tenía en el potro? ¿Qué oculta verdad se escondía tras todo aquello? Los campesinos se interrogaban a su modo, y el oficial y el hombre de carga. Torturábamos nuestros cerebros con esa pregunta hasta que la sustancia gris se nos inflamaba trasudando sangre y lágrimas. Ninguno sabía la respuesta y menos que nadie el hombre de la campanilla, el grasiento mayordomo del señor.

De noche me despierto a menudo, sintiendo que debo volver a la celda número 41 porque he olvidado algo allí.

Es la respuesta lo que he olvidado: a veces creo que entonces la sabía, como si una ráfaga de ciencia me hubiera rozado, pero se ha desvanecido irrevocablemente.

XI

Entre la siesta y la cena se abrió la puerta de mi celda de par en par y la libertad cayó sobre mí como una maza. El golpe me dejó atolondrado y entré en la vida a traspiés del mismo modo que hubiera entrado en la muerte, de haber seguido otro curso los acontecimientos.

Ya en el pasillo, me estremecí de pies a cabeza, con el mismo temblor nervioso de aquella noche en que alguien fuera de mi celda pedía socorro.

Lo que ocurrió luego en los primeros minutos está borroso en mi memoria, con trazos esfumados, como si lo viera a través de una neblina.

Sobre el pupitre del gobernador, hay una bombilla sin pantalla; en torno a ésta, una aureola luminosa como la de los faroles entre la niebla. En la silla del Gobernador se sienta un desconocido. Lleva una camisa negra, sin corbata. Me saluda con exagerada ceremonia.

—Señor—dice el hombre de la camisa negra—, voy a sacarle a usted de aquí. (Tengo que agarrarme nuevamente a la mesa; estoy febril y mareado; el comer mucho, tras un largo ayuno, ha debido de trastornarme.)

—Señor—dice el hombre de la camisa negra—, no puedo decirle dónde vamos; pero no tenga miedo, somos unos *caballeros*.

Atravesamos el largo pasillo; no sé lo que me ocurre; ando como en sueños. Volvemos a mi celda, estrecho la mano de Carlos, tan sorprendido como yo, y la puerta vuelve a caer entre nosotros sin que hayamos podido cruzar una palabra... Atravesamos otra vez el pasillo; las hojas de mi diario se me caen del bolsillo. El hombre de la camisa negra me ayuda a recogerlas.

—¿Qué lleva ahí, señor?

La carta de mi mujer, visada por la censura, está encima.

—Cartas personales—murmuro.

—Puede usted quedárselas, señor; somos unos *caballeros*.

Seguimos por el pasillo, se abre otra celda, doy la mano al tísico y a Byron, horrorizados.

—¿Dónde lo llevan?

—No lo sé—contesto.

—Dios le bendiga.

Y la puerta se cierra también. Avanzamos por el pasillo y estrechamos las de Angel, Manuel, el tullido, don Ramón y don Antonio.

Volvemos al despacho.

—Señor—dice el hombre de la camisa negra—ahora vamos a otra ciudad; pero si está usted dispuesto a prometer ciertas cosas, podré dar algunos pasos para obtener su libertad.

Entonces acerca pluma y tinta; al ver ambas cosas, despierto inmediatamente.

—Querido señor—le digo—. Todo esto es tan raro y tan súbito. ¿A qué ciudad me lleva usted y cuáles son esas promesas que debo hacerle?

—Preferiría no decirle mi nombre, señor. Pero somos unos *caballeros*; puede fiarse de nosotros. Sólo deseamos que prometa no volverse a meter en los asuntos de España. Si lo promete, podré hacer ciertas gestiones para conseguir su libertad. Pero no queremos forzarle; somos *caballeros*.

—Nunca me he metido en los asuntos de España.

—Emprendió usted una campaña insidiosa contra la España nacionalista, señor.

—He escrito lo que he visto y lo que pienso de ella. Nunca me he metido en los asuntos interiores de España.

—No quiero discutir con usted, señor. Si firma un documento prometiendo no meterse en los asuntos interiores de España, podré hacer gestiones para obtener su libertad.

Firmé una declaración diciendo que no tenía la menor intención de inmiscuirme en los asuntos de España, añadiendo que fui tratado correctamente en la cárcel de Sevilla.

Supe más tarde que no debía mi libertad a ningún rasgo generoso y ni siquiera a un gesto político por parte de Franco. Se me canjeaba, sencillamente, por un prisionero del Gobierno de Valencia.

Luego conocí otros detalles. Me canjeaban por una señora Haya, que el Gobierno de Valencia tenía en rehenes.

El caballero de la camisa negra era su marido, uno de los más célebres pilotos de Franco (1)

(1) El caballero mentía al decir que haría algunas gestiones para conseguir mi libertad. El acuerdo respecto al canje había sido firmado veinticuatro horas antes por mediación de las autoridades británicas. La declaración que firmé fué, por lo tanto, un chantaje. Sin embargo, cumplí mi palabra. No he vuelto a España como periodista, ni he aceptado ninguna invitación para hablar de mis aventuras en reuniones políticas.

Los caballeros españoles han adoptado como sistema esa táctica de chantaje. Sir Peter, antes de ser puesto en libertad, tuvo que dar su palabra de honor de no decir nada de lo que vió y le ocurrió en Málaga después de entrar en ella los rebeldes.

Yo tuve más suerte. La declaración que me presentaron, sólo aludía a no mezclarme en los asuntos de España. Por lo tanto, a mí no me correspondía silenciar mis experiencias personales.

(Continuará)

¿Qué van a hacer Inglaterra y Francia?

Del artículo del mismo título escrito por el ex diputado y ex ministro M. Henri Guernut y publicado en «La Tribune des Nations», traducimos lo siguiente:

«Las tropas del general Franco avanzan en Cataluña y Aragón. ¿Cómo explicar este cambio de fortuna? ¿Es que las fuerzas del Gobierno legal han disminuído? ¿Que su moral flaquea? Nada de eso. Continúan conservando la inferioridad numérica; resistiendo y atacando han demostrado que son más temibles que las otras.

Digámoslo, porque ello es la verdad: lo que explica la victoria de Franco es únicamente la ayuda extranjera. Franco no habría jamás avanzado ni al principio ni luego si los Gobiernos de Roma y Berlín no le hubieran facilitado, al máximo, armas, municiones y combatientes con su oficialidad y, sobre todo, material ultramoderno de combate: artillería pesada, tanques, submarinos y aviones de caza y bombardeo.

Pero, ¿qué digo? Esta misma ayuda hubiese quedado sin efecto si el Gobierno de Madrid o de Valencia hubiera recibido, por su parte, un auxilio compensador; pero, a pesar de la leyenda, el Gobierno regular no ha sido secundado en serio.

¿Los destacamentos rusos? Pura imaginación. Visitad, en Fuencarral, pueblo de los alrededores de Madrid, el cementerio de las Brigadas internacionales; examinad las tumbas una a una y leed las inscripciones blancas; descifraréis nombres de alemanes, de ingleses, de italianos, de belgas, de franceses, todos ellos verdaderos voluntarios que acudieron por su propio impulso, por caminos de herradura, en auxilio de la libertad; pero no hallaréis casi ningún nombre ruso. Con gran trabajo, Vandervelde descubrió dos.

Desde las primeras semanas, Francia cerró su frontera. Inglaterra prohibió toda salida, todo envío. Poco después, como se recordará, los dos Gobiernos, de Londres y de París, propusieron a los demás—y, finalmente, les obligaron a suscribirlo—un pacto de no intervención, en virtud del cual se comprometían a practicar, fuese bajo la forma que fuese, una abstención estricta. Pero nadie ignora lo que ha sido de este convenio como de otros muchos: Francia e Inglaterra, naciones leales, lo observaron escrupulosamente; Hitler y Mussolini lo violaron con marrullería, con cinismo; la política de no intervención, como se la ha denominado, a mi juicio, por ironía, fué, en realidad, una política de embaucadores y embaucados.

¿Bajo qué influencias, bajo el imperio de qué sentimientos, el Gobierno conservador de Inglaterra y el Gabinete del Frente Popular de Francia fueron llevados a esta política?

Que Franco sea el pseudónimo de Mussolini e Hitler, nadie lo pone en duda. Que la victoria de Franco sería, por consiguiente, la de esos dictadores, no es ningún misterio. Pero, ¿sería un triunfo para la Gran Bretaña y para Francia?

La victoria de Franco representaría la instalación en España, al lado de Gibraltar y de

nuestros puertos, de un régimen dictatorial, muy diferente del régimen inglés y del nuestro.

¿Carece esto de importancia para la Gran Bretaña y para nosotros? La victoria de Franco supondría el dominio económico de Alemania y de Italia en España, convertida en colonia de explotación alemana e italiana; sacarían de ella materias primas para uso de sus armamentos y tratarían de reservar sus mercados para su industria. ¿Es que no ven ello inconveniente alguno la Gran Bretaña y Francia, sobre todo la Gran Bretaña?

Hé aquí lo que tal vez sea un peligro.

En primer lugar, para Francia.

—o—

a) Bajo la dirección alemana, Franco ha comenzado a fortificar Marruecos por el lado español. Ello nos impone a nosotros la obligación de hacer otro tanto por el lado francés.

b) En caso de movilización, Franco, vasallo de Hitler y de Mussolini, concentrará tropas a lo largo de la frontera francesa. Nosotros tenemos la obligación de replicar, de guarnecer el Nordeste y el Este, y de traer de los Vosgos y de los Alpes varias Divisiones que, a Dios gracias, serían de utilidad.

c) Bajo la dirección alemana, Franco ha comenzado a organizar el Marruecos español y a construir carreteras estratégicas en dirección a la zona francesa. A nosotros nos toca imitarle y fortificar, a nuestra vez, la frontera marroquí y, en caso de conflicto, concentrar tropas en ella.

d) Bajo la inspiración alemana, los emisarios de Franco han comenzado a aproximarse, a excitar a las tribus de nuestra zona. Mientras que durante la última guerra, el general Lyautey no tuvo necesidad de mantener en el interior de Marruecos más que algunas tropas dispersas, mañana no tendremos otro remedio que llevar allí fuertes guarniciones, extrayéndolas de la metrópoli, que, sin embargo, tendrá gran necesidad de ella.

e) Los italianos ocupan varios puertos de la costa mediterránea de España. Ocupan Mallorca, en las Baleares, donde poseen bases para aviones y submarinos. Ya en plena paz, operan de manera inquietante. ¿Qué veremos mañana en una guerra declarada? ¿Cómo haremos entonces para traer de Argelia, de Túnez, de Marruecos y del Centro africano artículos, víveres, hombres? Con la España republicana y amiga, el tránsito se haría por tierra y sin el menor peligro. ¿Quién se atrevería a asegurar hoy que nuestras comunicaciones por mar no serán interrumpidas o dificultadas?

Así, pues, tendremos: dos fronteras más que fortificar y defender, el Mediterráneo infectado de enemigos al acecho, nuestras relaciones marítimas expuestas y la metrópoli cortada por el África del Norte y bloqueada. He ahí algunos efectos eventuales de la victoria de Franco.

—o—

Ahora veamos el peligro que supone para Inglaterra.

Hasta nueva orden, Inglaterra sigue siendo una isla que, para vivir, ha de estar necesariamen-

te en unión constante con sus colonias y con el resto del mundo.

¿Cómo? Por dos rutas: el Mediterráneo y el Océano.

En el Mediterráneo le hace falta franquear algunos pasos difíciles.

En primer lugar, Gibraltar. Merced a los cuidados de Alemania, el Sur de España, el Norte de la costa marroquí, Ceuta y sus alrededores, están ahora fortificados o a punto de serlo; fuegos cruzados barrerían el Estrecho.

¿Cómo pasar?

Más lejos, la región de las Baleares; los italianos se han instalado en ella. ¿Cómo pasar sin riesgo?

Más lejos aún, un canal estrecho entre Sicilia y Túnez; en medio del canal, el islote de Pantellaria; los italianos se han atrincherado allí. Si cierran esa vía, ¿cómo pasar?

No digo más, por hoy, aunque haya en el Este otros Dardanelos en preparación. Por poco que eso continúe, si no se opone ningún obstáculo, cuando Chamberlain quiera ir un día a Palestina, a Egipto, a la India, por el Canal de Suez, tendrá que solicitar previamente la autorización de Mussolini.

Queda, me diréis, la ruta histórica del Cabo. Sí; pero los alemanes están en Larache, en Ifni, en Río de Oro, en las Canarias. Vía cerrada, o por lo menos, obstruída.

A poco que ello continúe, si no se opone ningún obstáculo, cuando, mañana, quiera ir Chamberlain a la India por el Cabo de Buena Esperanza, tendrá que pedir, previamente, permiso a Hitler.

Amigos ingleses: ¿en qué queda vuestra primacía en los mares? ¿Y vuestro Imperio? Tales son, para Inglaterra, los efectos eventuales de la victoria de Franco por la intervención, tolerada en España, de Hitler y de Mussolini.

—o—

Oigo que nada de esto es definitivo. Oigo que, al decir de nuestros amigos los ingleses, no hay motivo de alarma: que Franco, para vencer, necesita a Hitler y Mussolini; pero que Franco vencedor se desembarazará de Mussolini y de Hitler; que Franco, soberano de España, eliminará de España a los extranjeros que le incomoden. Sí. Oigo todo esto. Para no contristar a nuestros amigos los ingleses, admito hasta que todo ello pueda hacerse fácilmente, por la persuasión, sin daño, ni dolor...

Nuestra misión de hoy... es la de registrar los hechos de hoy. El hecho de hoy es que la política de no intervención, practicada como lo ha sido, ha instalado a los alemanes y a los italianos en España.

El hecho de hoy es que, merced a su unión y a su audacia, hablan allí como amos.

El hecho de hoy es que, según la ley que, en tiempos de los bárbaros, castiga las actitudes pusilánimes, nosotros aparecemos como vencidos.

ESTE DIARIO SE REPARTE GRATUITAMENTE

Llamamiento del Comité Nacional «en pro de una alianza»

Ha sucedido lo que estaba previsto: mal defendida contra los apetitos hitlerianos, la desgraciada Austria se ha convertido en provincia del Reich. No asistimos a la consumación del Anschluss en el sentido propio de la palabra, lo cual hubiera necesitado la conformidad del pueblo austriaco. No. Austria ha sido anexionada a Alemania por la fuerza. Sabiendo que la gran mayoría de la población iba a pronunciarse por la independencia de Austria, Hitler ha precipitado la anexión. Y el pseudo-plebiscito fijado por él para el 10 de abril, no puede tener para nadie la menor apariencia de seriedad. Hitler proclamó en Viena, el día 15, que Austria es la marcha hacia el Este, que asegura la hegemonía del Reich en la Europa central y en la Sudeste. Preparada ahora por Hitler, la conquista de Checoslovaquia pondría el Danubio y los Balcanes bajo su dominación absoluta.

Si no se le da hoy a Hitler un energético «Alto», la caída de Checoslovaquia es inevitable, Hungría está amenazada y la suerte de Francia se hace trágica.

Hay que acabar con la política de retirada perpetua. Quedar a la defensiva sería preparar la derrota.

Es absolutamente indispensable dar la batalla al fascismo allí donde todavía puede y debe ser batido en España, que es donde hoy se juega el porvenir de la democracia. A la causa de España está ligada la de Austria vencida, la de Checoslovaquia en peligro y la de Francia amenazada. ¡Acabemos con la farsa de la «no intervención»! ¡Que se abra la frontera! ¡Que se restablezca el comercio con España! ¡Que se preste ayuda eficaz a la España republicana, una ayuda equivalente a la que Hitler y Mussolini prestan a Franco. Esta debiera ser la respuesta inmediata e indispensable al golpe de Hitler en Austria!

Las nuevas derrotas de las democracias pueden precipitar la de la España republicana. Todas las potencias hostiles al fascismo deben declarar que una nueva violación del derecho sería considerada por ellas como un *casus belli*.

Todas las potencias decididas a oponerse a los planes de los Estados agresores, de la Alemania de Hitler, de la Italia de Mussolini y del Japón, deben unirse. Los pueblos amenazados en su seguridad deben exigir a sus Gobiernos una alianza defensiva sin dejar la menor duda, con respecto a su firme voluntad de oponerse, por todos los medios, a una nueva violación de los tratados.

Con este fin hacemos un llamamiento a la opinión pública de las grandes democracias. Fieles a la idea de la seguridad colectiva, no renunciaremos a ver a la S. de N. desempeñar el gran papel que le fué confiado. Pero tenemos por cierto que si Francia, Inglaterra, la Unión Soviética, Checoslovaquia se alían, si obtienen lo que no es de ninguna manera quimérico, el consentimiento y el apoyo de los Estados Unidos, la seguridad y la integridad de los Estados, particularmente de los pequeños, estarían garantizadas, asegurando así la paz del mundo.

EL CONSEJO DE PRESIDENCIA

(«Clarté», abril de 1938.)

EL TERRORISMO FASCISTA EN EUZKADI

(Continuación)

fué jefe del Gabinete de Radio de la Presidencia del Gobierno de Euzkadi. Cayó prisionero y fué acusado, no por su cargo oficial, sino por su condición de maestro de escuela. Se le consideró culpable de haber realizado anteriormente labor separatista en su misión docente. Condenado a muerte.

Otro muchacho fué también condenado a la pena capital por ser barbero de un batallón vasco.

Valentín Arteaga Gurtubay fué presidente del Partido Nacionalista Vasco de Portogalete. Dimitió su cargo por no estar conforme con la participación de los nacionalistas en la lucha contra el invasor. A pesar de ello se le condenó a muerte.

José Luis de Orive, consejero del Hotel Carlton, de Bilbao, donde estuvo instalada la Presidencia del Gobierno de Euzkadi, fué condenado a muerte, simplemente por su cargo.

A don Emeterio Verdes, dueño de la Editorial del mismo nombre, de Bilbao, se le condenó a cadena perpetua porque en su establecimiento se editaron diversos folletos de propaganda del Gobierno de Euzkadi.

Las más graves condenas se dictan por la causa más insignificante. He aquí para mayor concreción dos detalles:

1. En el penal del Dueso, de Santoña, el ochenta por ciento de los presos juzgados—por el procedimiento que queda descrito—fueron condenados a muerte.

2. De 313 personas juzgadas por los Consejos de guerra efectuados en Bilbao durante los días 18, 20, 21, 22, 23, 25, 27, 28, 29 y 31 de julio, y 1, 3, 4, 5 y 13 de agosto de 1937, por causas diversas, publicadas todas ellas en «La Gaceta del Norte» de aquella capital, fueron condenadas:

A muerte, 93; o sea, el 28,79 por 100 total.

A reclusión perpetua, 95; el 29,41 por 100.

A treinta años, 14; el 4,33 por 100.

A veinte años, 6; el 1,86 por 100.

A dieciséis años, 1; el 0,31 por 100.

A doce años, 81; el 25,08 por 100.

A ocho años, 3; el 0,93 por 100.

A seis años, 13; el 4,03 por 100.

A un año, 2; el 0,62 por 100.

Absueltos, 5; o sea, el 4,64 por 100.

Porcentaje de penas de muerte y superiores a veinte años, 64,39 por 100.

Porcentaje diario de personas juzgadas, 21 por 100.

Condenados a muerte, también por día, 6,20 por 100.

Condenados a reclusión perpetua, 7,25 por 100.

Téngase en cuenta que estas cifras corresponden a personas detenidas en Bilbao en los primeros días de su ocupación, meramente por considerárselas sospechosas.

(Continuará.)

APUNTES DEL DIA

Por ANTONIO MACHADO

I

Los políticos conservadores de Inglaterra no están, a mi juicio, a la altura de su misión. Cuando los ingleses, tardos pero seguros, se enteren, pedirán estrecha cuenta a sus gobernantes. ¿Llegarán a tiempo de evitar la gran catástrofe del Imperio británico? He aquí el problema que nos planteamos los viejos amigos de Inglaterra, nosotros, por quienes Chamberlain no ha de quemarse nunca los dedos. Porque nosotros pensábamos que el control inglés en el Mediterráneo apuntalaba nuestra independencia, nos prestábamos a ser el contorno benévolo y los guardianes *inermes* de la más importante llave de su Imperio: Gibraltar. Por una ceguera incomprensible y miedo a una revolución fantástica que, aun siendo real, nunca amenazaría los altos intereses de Inglaterra, los viejos conservadores ingleses han hecho, hacen, y aun parece que pretenden seguir haciendo todo lo posible para perder esa llave, para hacerla pasar al bolsillo de sus enemigos más encarnizados. Ellos pretenden ser políticos *realistas*. Pero alguien sostiene que Gibraltar está rodeada de cañones, que nosotros no hubiéramos emplazado nunca; de bases aéreas, terrestres y marítimas, más o menos disfrazadas, y que Inglaterra no es ya la dueña del Estrecho. Para recobrarlo, si esto es posible, tendrá que afrontar la guerra grande; y todo por no haber querido intervenir honradamente y a tiempo en la pequeña, del lado de la justicia.

Los Gobiernos inglés y francés han preferido ayudar a nuestros enemigos, que son también los suyos, con la llamada *no intervención*, y parecen desear nuestro pronto exterminio, para entenderse con los triunfadores. Pero los triunfadores no triunfarán de nosotros únicamente, sino, sobre todo, de Inglaterra y de su aliada Francia, con un ejército en la línea de los Pirineos, dueños del Golfo de Vizcaya, del Estrecho de Gibraltar, de Mallorca, etc.

Hay que reconocer que Hitler y Mussolini son algo más inteligentes o, si queréis, menos estúpidos... Ellos han hinchado el perro de la revolución en Espa-

ña para asustar, cegar y enloquecer a los plutócratas que aun rigen las llamadas democracias. ¿Lo han conseguido? Yo creo que sí, aunque cueste algún trabajo pensarlo. Porque ser engañado por un italiano supone una excesiva carencia de precaución, y serlo por un alemán arguye de estolidez insuperable. Lo cierto es que al Sansón de los mares—¿y al de tierra?—no le han faltado Dalilas de opereta que lo tonsuren. Y mientras le crecen los cabellos... No agotemos el símil. Porque no ha de tratarse, a última hora, de derribar ningún templo, sino de conservarlo. Y es esto lo que va a ser un poco difícil.

II

Mister Chamberlain quiere hacernos creer que ha hecho una hombrada, declarando que estaría al lado de Francia, si éste se viese arrastrada a la guerra por causa de sus compromisos con Checoslovaquia. Chamberlain sabe muy bien que lo inmediato, para Alemania, no es Checoslovaquia, sino España, y que si Francia no se muestra enérgica en la cuestión española—es decir, en la defensa de su frontera y de sus rutas marítimas—, no hay el más leve temor de que vaya a la guerra por defender a Checoslovaquia. No es el honrado e ingenio Mr. Pickwick, sino Penknife—la hipocresía desmesurada que, a última hora, no engaña a nadie—, quien ejerce el Poder en Inglaterra.

III

Entretanto, en España, la España auténtica, lucha y trabaja, pensando en la victoria; quiero decir, en ganarla por su propio esfuerzo. Su Gobierno, identificado con el pueblo, no pide auxilio; reclama justicia. España sabe que tiene toda la razón de su parte, y que sus pilotos y sus capitanes están en sus puestos. Sabe muy bien que no son españoles sus enemigos (menos que nadie quienes se decidieron a venderla) y que la victoria o no es nada, o es algo que se da, por añadidura, a quien la merece.

(«La Vanguardia», Barcelona, 6-IV-1938.)

NOTA INTERNACIONAL

La clarividencia de los norteamericanos

Los gobernantes norteamericanos se pronuncian explícitamente contra el fascismo. Primero, el Presidente Roosevelt, que en un famoso discurso condenó a «los políticos que burlan los Tratados y faltan a su palabra». Después el Secretario de Estado, Hull, no ha tenido inconveniente en fustigar el espíritu de agresión de los dictadores, que amenaza ensangrentar el mundo entero. Ahora el Secretario del Interior combate enérgicamente al fascismo e invita a todos los demócratas a congregarse alrededor de la causa de la libertad para impedir el triunfo de las dictaduras.

Con esa claridad es preciso hablar en momentos tan críticos para la humanidad como son los momentos actuales. Cuando los Estados totalitarios han comenzado ya a desenvolver sus planes siniestros y llevan la guerra a países débiles para aniquilarlos o conquistarlos, las grandes naciones no pueden pronunciarse anfibiologicamente, ocultando tras una prudencia mal entendida el temor inexplicable que sienten ante los chantagistas y los irresponsables. La consigna de las «guerras ideológicas» no la han dado las democracias, sino los Estados totalitarios. Sería, sin embargo, pueril y ridículo colocar el problema en un plano estrictamente nacional, cuando los fascismos lo han presentado como una ofensiva de las dictaduras contra las democracias. ¿Qué es el eje Roma-Berlín-Tokio, sino una confabulación de fuerzas imperialistas contra las naciones pacíficas regidas por los principios de la solidaridad? Ni los fascistas de Mussolini, ni los nazis de Hitler, ni los militaristas de Hirota, han negado que traten de imponer sus soluciones políticas en aquellos pueblos que convierten en presa de su codicia. El Duce dijo hace años, antes de aliarse con el

Führer, que el fascismo no era producto de exportación. Pero entonces se encontraba solo y necesitaba proceder con cautela. Posteriormente, ya ensoberbecido por el éxito de su política del hecho consumado, anunció que muy pronto el mundo entero sería fascista. Hitler ha llegado a decir que el nazismo es un régimen que subsistirá miles de años. Por si los incrédulos necesitasen una comprobación de estas afirmaciones sobre una era fascista de la humanidad y el propósito preconcebido de *fascistizar* a Europa, aquí está el caso de España. Los intervencionistas no se han limitado a llevar a cabo una acción militar, sino que realizan paralelamente una obra política. Propagandistas y agentes de los dos fascismos actúan en la España ocupada, organizando la vida civil con arreglo a las fórmulas importadas de Roma y de Berlín. Falangistas significados van a Italia y Alemania para instruirse en los fines y organizaciones de aquellos partidos y trasplantar al clima hispánico los métodos allí consagrados. Desde la estructura corporativa del Estado hasta las formas más pueriles y espectaculares del fascismo, se esta-

blecen en la zona de Franco las modalidades del Estado totalitario, aunque falte allí, naturalmente, el movimiento de masas que dió origen en Italia y Alemania al triunfo de las dictaduras.

El error de ciertos políticos europeos consiste principalmente en desconocer la realidad de esa intervención de carácter político, preocupándose exclusivamente de examinarla invasión en España en aquel aspecto de carácter militar que pueda poner en peligro intereses de tipo material. Los norteamericanos, más perspicaces, se han dado cuenta del peligro ideológico y tratan de cortarlo en su propio país, adoptando resoluciones e iniciativas que afectan a su política exterior. La lección que de esta conducta debieran deducir los gobernantes europeos, bastaría para impedirles establecer relaciones estrechas con los agresores. Al fin y al cabo, éstos acabarán por defraudar la confianza de las democracias y traicionar los acuerdos llamados de «caballeros». Ojalá no sea ya tarde cuando los crédulos y los pacatos lleguen a la conclusión de que con el fascismo la paz es un ideal imposible.

EL "SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN" se publica diariamente en castellano y en francés, y los lunes, miércoles y viernes, en alemán, italiano e inglés respectivamente.

Las informaciones que publica este DIARIO, responden siempre a la veracidad más estricta

La policía de Martínez Anido es objeto de una estrechísima vigilancia por parte de la policía militar italo-alemana que invade el territorio faccioso

Un presidio suelto

Nuevas versiones, todas ellas de fuentes autorizadísimas, confirman el caos que reina en la zona rebelde, y muy especialmente en las regiones que detentan los militares facciosos en el Sur de España.

Cuando el siniestro Martínez Anido fué nombrado «ministro» de Orden público, inició su trabajo de zapa para quebrantar la autoridad de Queipo de Llano en Andalucía. Primeramente lanzó sobre las provincias de Huelva, Málaga, Sevilla, Cádiz, Córdoba y Granada, una nube de agentes de «confianza» de su policía—esos que en Barcelona, Valencia, Zaragoza y Madrid salían en pandillas a practicar la ley de fugas contra los elementos trabajadores—, que se dedicaron a eliminar a determinados «elementos de la Vieja Guardia de Falange» opuestos a la fusión con los Requetés, pregonada y aconsejada por el «ministro» de Agricultura y secretario general de Falange, Raimundo Fernández Cuesta. La «limpieza» ha sido tan exagerada, que los Jefes de la organización fascista han protestado ruidosamente y se esconden, amparados por italianos y alemanes, para no ser víctimas de su mayor «enemigo, el verdugo Martínez Anido», como en manifestos y octavillas clandestinas le denominan los falangistas.

No ha cesado el generalote gallego en su campaña. Apoyado en el hecho de que en la zona del «campo de Gibraltar» hay muchos elementos enemigos a muerte de la causa nacionalista, ha creado en La Línea un titulado «Batallón de Orden Público», mandado por un capitán llamado Joaquín Zamora e integrado por 1.250 hombres que, como asesinos a sueldo de los antiguos Sindicatos Libres, figuran en los archivos de la Dirección General de Seguridad. Estas fuerzas operan en la frontera con Gibraltar, en las playas y en los sitios más estratégicos de San Roque, Los Barrios, Algeciras y Puente Mayorga.

Por otra parte, Martínez Anido ha nombrado Delegado del Gobierno en toda esa amplia zona a un teniente coronel de Infantería llamado Sánchez Delgado, secretario de Berenguer cuando éste fué Presidente del Consejo de Ministros, que ha desplegado tal actividad para atormentar a las gentes que allí soportan la dictadura facciosa, que nadie se acuerda de los funestos Sánchez y Gómez Grifint y de sus infamias a través de quince meses de rebelión. Este nuevo mandarín del fascismo

rodea sus hazañas de un impenetrable misterio, procurando que los «golpes» se realicen en el más profundo silencio... Sin embargo, nadie ignora que aquellos elementos que estorban los planes de Salamanca y Burgos, son detenidos y «se les envía deportados a regiones del Norte» o, lo que es más claro, se les saca en los «bous» del puerto de Algeciras y a cuatro o cinco horas de navegación se los envía a dormir en el fondo del mar. Por este sencillo procedimiento han desaparecido centenares de personas, muchas de las cuales figuraban en las organizaciones derechistas más entusiastas del «generalísimo».

Frente a esta actuación de Martínez Anido, por toda Andalucía se han desparramado centenares de individuos pertenecientes a una policía especial creada por los Estados Mayores italoalemanes, invasores de España, que dependen de aquellos organismos extranjeros, sin tolerar ninguna clase de injerencia de la policía española.

Estos agentes tienen nutridos equipos que vigilan estrechísimamente la frontera con Gibraltar. Disponen de una formidable red de confidentes que lo husmean todo, hacen denuncias y practican detenciones.

La policía especial de los Estados Mayores extranjeros tienen prisiones en todo el territorio y dispone de material motorizado que circula sin cesar a toda hora, ejerciendo una verdadera fiscalización en las calles de las ciudades, pueblos y villas, en los puertos, en las carreteras y en las fronteras.

Como se asegura que los policías y el Batallón de Orden Público realizan «servicios» de carácter económico que producen pingües ingresos, todos sus componentes son estrechamente vigilados por la que pudiéramos denominar «superpolicía militar italogermana», creada—la realidad lo viene demostrando—para vigilar las actividades del enemigo de Queipo de Llano, y no pasa semana sin que los pelotones de polizontes extranjeros realicen registros en los domicilios particulares de los lebreles de Anido y en las propias Comisarias, y se lleven «documentos, metálico y alhajas, cuya estancia allí nadie puede justificar».

En este intrincado laberinto de ambiciones, rapacidades, rate-rías y ataques perpetrados por los «guardadores del orden», viven esclavas las gentes en la zona sojuzgada por los rebeldes españoles.

Los tesoros artísticos de la España republicana

Asistimos, desde hace ya algún tiempo, a una intensificación de la propaganda franquista en el plano cultural. Esto es una novedad. Los «nacionalistas», inquietos, al parecer, por el número de intelectuales simpatizantes y de militantes agrupados en torno a la España republicana, quieren luchar, si puede decirse, con armas iguales, y ponen por delante fotografías de obras de arte mutiladas, testimonios de artistas incompletamente informados, cartas y declaraciones que no merecerían más honor que nuestro recogimiento de hombros, si la causa que está en juego fuera menos terriblemente grave.

Al escribir estas líneas no tengo la pretensión ni la esperanza de que caigan en manos de los lectores de los periódicos reaccionarios, que se crean el triste deber de publicar informaciones falsas o voluntariamente incompletas sobre la suerte de la cultura y de la salvaguardia del tesoro artístico e histórico de la España republicana. Sólo tengo el deseo de dar a nuestros amigos unos datos concretos que, quizá, puedan ayudarles a rechazar, en conversaciones, algunas inexactitudes. Es inútil insistir aquí en el papel que desempeña la propaganda oral. Es preciso todavía que los amigos de la España republicana tengan a su disposición los medios de poner fin a ciertos absurdos y a ciertas perfidias. Para los que no conozcan la clase de acusaciones formuladas contra los republicanos, me veo obligado a transcribir aquí algunos párrafos, especialmente característicos de artículos de la llamada información cultural. He aquí, para empezar, un fragmento de un texto aparecido en la revista «Occidente», del 25 de octubre de 1937, año 1, número 1. Trátase sencillamente de una «Advertencia al mundo», hecha en serio por el pintor Zuloaga. Este suplica, en términos vehementes, a una organización internacional, que tome, lo antes posible, medidas, a fin de que no se renueven en otras partes los crímenes cometidos por los «rojos» en España. Como artista, Zuloaga estima que la destrucción de obras de arte es el hecho más cruel de la guerra. No discutamos su punto de vista y admitamos que un cuadro sea más precioso que una vida humana. Zuloaga, que conoce la historia, pero ignora que «Bonaparte» se hacía llamar Napoleón durante la guerra de España, nos dice que los soldados del mencionado «Bonaparte» robaron cuadros durante la campaña, pero que estos latrocinios tuvieron poca importancia, puesto que aun hoy los españoles pueden admirar en nuestros museos franceses las obras robadas en otro tiempo, en su patria, mientras que ahora...

«Moscu y sus esclavos de España se entregan hoy a la locura de su fanatismo para aniquilarnos, pues lo que más puede perjudicar a España es que todo esto parta para no volver nunca más. Tal es la razón de la destrucción sistemática del tesoro, de esa profanación, de ese incendio sin tregua, que tiene la rabia ciega de una erupción, de un terremoto».

Causa sorpresa la carencia total de medida de estas afirmaciones, que no se basan en ningún hecho concreto. Algunas personas poco informadas pueden preguntarse de buena fe, después de leer la «Advertencia al mundo», si verdaderamente la mayoría de las obras de arte de España han servido para dar calor a las tropas republicanas este invierno y si el resto ha sido milagrosamente embarcado para la U. R. S. S. a bordo de un avión

fantasma. Zuloaga habla románticamente de llamas, de aniquilamiento y de barbarie, pero los espíritus serios o simplemente curiosos querrían, sin embargo, algunas concreciones y no se contentarán con imprecaciones grandilocuentes.

A la «Advertencia al mundo», siguió la publicación, en Enero, de un número especial de «L'Illustration». Este número, presentado con una perfección técnica indiscutible, mostraba el «martirio de las obras de arte en España». Las fotografías tomadas por los servicios del general Franco nos ponen en presencia de obras que no son todas de arte, y cuya «sistemática» mutilación no parece estar siempre demostrada, pues en muchos casos estas lamentables destrucciones pueden ser efecto de un bombardeo y no de una determinada voluntad de destruir tal o cual objeto. La serie de fotografías está precedida de un corto prefacio anónimo, del cual damos a continuación un párrafo que basta para apreciar lo «bien informado» que está el autor:

«...Los dirigentes republicanos — de Madrid, de Valencia o de Barcelona — podrán decir que no han querido esto y que fué contra su voluntad el que unos individuos sin control se entregasen a esos incalificables atentados. Ello es, sin duda, exacto. Pero los mismos hechos se han reproducido con demasiada frecuencia y en demasiados lugares para que no revelen la ejecución de un plan concertado. Los vándalos no han cedido a un brusco e inconsciente frenesí. Han obedecido órdenes recibidas de los comités soviéticos locales, que sustituyeron a las autoridades regulares, y, sin duda, ellos mismos se atenían a órdenes recibidas de más arriba, si no de Madrid, de Valencia o de Barcelona, al menos de la Internacional Comunista».

«...la Internacional Comunista», ese fantasma tanto más temible porque no se conoce exactamente su potencia; tanto más fuerte porque es, a la par, místico y diabólico; es, pues, el monstruo civilmente responsable de los actos de vandalismo cometidos en España por los «marxistas».

Nadie pretende negar que en los primeros momentos de la rebelión se cometieron algunos actos lamentables por los elementos menos interesantes de la población. No nos cansaremos de decir que estos hechos aislados fueron en extremo raros. Por lo demás, el número especial de «L'Illustration» lo demuestra. Tenemos allí noventa fotografías tomadas en todo el territorio ocupado por los rebeldes. A menudo, varias fotografías están dedicadas al mismo objeto, lo cual permite juzgar mejor la amplitud del daño; pero, por otra parte, disminuye el número de objetos deteriorados. Algunas estatuas, cuya mutilación es indudablemente voluntaria, llevan la firma de sus agresores en grandes letras grabadas sobre el pecho: «F. A. I.», que, según «L'Illustration», revelan la mano de Moscu.

Otros objetos profanados no pueden, con la mejor voluntad del mundo, ser clasificados entre las obras de arte. Se trata de representaciones del «Sagrado Corazón», de muñecas vestidas de brocado, de vírgenes cuyo semblante está inundado de lágrimas que engañan la vista. El deterioro de estas estatuas es infinitamente sensible desde el punto de vista sentimental, pero nosotros no podremos deplorarlo colocándonos, como quiere «L'Illustration», en un plano estrictamente artístico y cultural. No ocurre lo mismo con el retrato del

cardenal Tavera, del Greco, conservado en el hospital de Tavera de Toledo. «L'Illustration» nos dice que este retrato ha sido lacerado. Según la fotografía, el daño parece felizmente reparable. El profanador de esta obra bella creía pegarla con el alto clero español. No vió en este retrato más que la imagen de aquellos que, demasiado a menudo, transformaron las iglesias en fortalezas, desde las cuales se disparaba contra el pueblo. No quiero dejarme llevar con esto a hacer comparaciones entre los crímenes cometidos contra el arte por irresponsables y los crímenes cometidos contra la humanidad por ejércitos regulares. Encuentro sacrilego hablar, a la vez, en un mismo plano, del martirio de obras, por bellas que sean, y del de seres humanos; me limito, pues, aquí, a estudiar la cuestión desde el punto de vista artístico. El anónimo colaborador de «L'Illustration» habría debido consolar a sus lectores de la pérdida de ciertas obras, hablandoles de los múltiples descubrimientos de cuadros y esculturas realizados en el curso de estos últimos meses por los republicanos. Cuadros de Goya, Velázquez y del Greco, cuya existencia se ignoraba. Hubiese estado bien asimismo confrontar rebeldes con los facilitados por personalidades cuya buena fe no puede poner nadie en duda. Aludo a la obra de don José Renau, director general de Bellas Artes de la República española, obra publicada por la Oficina Internacional de Museos (Mousson, vol. 39-40, 1937, Instituto de Cooperación Intelectual) sobre «la organización y la defensa del Patrimonio Artístico e Histórico español durante la guerra civil», y al folleto, publicado en Londres, 1937, «Arts Treasures in Spain», reseña de una visita a los museos de la España republicana, efectuada por Sir Frederic Kenyon, director del British Museum, y mister James G. Mann, conservador del Museo Wallace, de Londres. Los lectores de «L'Illustration» hubieran sabido así, objetivamente, lo que pasó en España desde los primeros días de la rebelión, en que las colecciones particulares corrieron riesgos aún mayores que el contenido de los edificios públicos, civiles o religiosos.

El Gobierno tenía el deber de proteger el patrimonio cultural español. De él era responsable ante el futuro. Por decreto de 23 de Julio de 1936 (cinco días después de la insurrección) se nombraron comisiones de especialistas para que visitaran las colecciones particulares y juzgaran si era oportuno trasladar algunas obras a sitio seguro. Cuando pareció necesario efectuar evacuaciones, las obras fueron cuidadosamente instaladas en refugios, estrictamente inventariadas y rotuladas después de levantar acta, una copia, de la cual se remitía al propietario de la obra (o a su representante), otra se enviaba a la Dirección de Bellas Artes y la tercera quedaba en los archivos de la Junta del Tesoro Artístico. Conviene recordar aquí los artículos 3.º y 4.º del Decreto de 23 de julio de 1936:

Art. 3.º La Junta procederá a la custodia y conservación, en nombre del Estado, de todas las obras, muebles e inmuebles, de interés artístico, histórico o bibliográfico, que, con motivo de las circunstancias anormales actuales, estén expuestas a peligro de ruina, pérdida o deterioro.

Art. 4.º La custodia de los objetos por la Junta tendrá carácter provisional. Para que presente un carácter definitivo, deberá ser con-

firmada por un Decreto aprobado en Consejo de Ministros».

No se trata, pues, de robo (¿o es que se ha visto alguna vez que los ladrones dejen recibo de sus latrocinios?), sino de medidas provisionales, exigidas por las circunstancias, y tomadas con maravillosa rapidez. Sir Frederic Kenyon subraya estos hechos y aprueba sin reserva la iniciativa del Gobierno republicano en lo que concierne a las medidas de protección aplicadas con tantos cuidados, y, en ciertos casos, con tanto heroísmo.

No es necesario describir aquí los lugares en donde se han depositado los tesoros en Madrid o en Valencia. Basta mirar las diversas fotografías que ilustran la obra de don José Renau para estar convencido del perfecto acondicionamiento de estos refugios. No es indiferente saber que las obras no están solamente puestas a cubierto, sino que la instalación de laboratorios y talleres de reparación permite desde ahora la restauración, la limpieza y la reconstitución de objetos de primer orden, casi todos absolutamente desconocidos, ya lo hemos dicho, de los especialistas españoles antes de julio de 1936. Parece inútil volver sobre el hecho, desde ahora histórico, del bombardeo, con bombas incendiarias, intentado con buen éxito por la aviación rebelde sobre el Museo del Prado. Felizmente se había realizado ya la evacuación de todas las obras del Museo. Los mejores lienzos se hallan en Valencia, en las torres de Serranos y en la iglesia del Patriarca, en donde se han aplicado científicas medidas de protección, tales como agujeros de aireación, para evitar las vibraciones del aire causadas por un bombardeo eventual, puertas de acero que cierran el acceso a las torres, sistema eléctrico para accionar los motores de comprensión y de ventilación, protección de las bóvedas de los refugios por medio de capas de tierra superpuestas a una paja de arroz; en resumen, cuidados vigilantes que constituyen un gran honor para los técnicos españoles. Hay que felicitarlos; pero, ¡cuántos elogios no se deben al pueblo español, que ha colaborado tan maravillosamente en la salvación de su herencia cultural, de aquella herencia, cuya riqueza no le había sido dado todavía a conocer!

Uno querría escribir capítulos emocionantes dedicados a la gloria de los campesinos analfabetos que realizaron prodigios unas veces para salvar un tesoro; otras, para poner a cubierto un objeto de ningún valor artístico; cromo o estatuilla de yeso. El entusiasmo de los obreros que construyeron o readaptaron locales para ser convertidos en museos es característico. Así, mister James G. Mann, olvidando el proverbial orgullo británico, hace alusión en su folleto (p. 20) al acondicionamiento de salas destinadas a albergar colecciones prehistóricas, seguro que el trabajo avanzaba a una velocidad que ningún director de museo ha podido jamás presenciar en Inglaterra, en donde, sin embargo, se puede trabajar con toda tranquilidad.

Desgraciadamente, «L'Illustration» no ha dicho nada de esto a sus lectores. Es hasta probable que ignoren la verdad durante mucho tiempo todavía, pues los medios de acción de aquellos que la sirven son actualmente muy limitados.

Sin embargo, más tarde o más temprano, las mentiras cuya estupidez iguala a la tenacidad, acabarán por disiparse y el «mundo civilizado», al cual hace un llamamiento tan patético el pintor Zuloaga, se

verá obligado a reconocer en qué campo la civilización y el arte fueron mejor defendidos.

El número especial de «L'Illustration» fué seguido de un suplemento a la «Métropole d'Anvers» (7 de febrero de 1938).

Este suplemento se titula «La España, presa de los rojos», y reproduce una parte de las fotografías publicadas en el número especial de «L'Illustration». Además, ofrece a sus lectores una vasta «documentación» suplementaria bajo la forma de artículos, uno de los cuales es la «Advertencia al mundo», de Zuloaga, que ya he citado. Entre los diversos artículos en que las palabras «brutos inmundos» y «utopía marxista», aparecen sin cesar, pueden leerse pequeños textos debidos a diversas personalidades. Puede juzgarse de su seriedad por «La Andalucía de Queipo de Llano» que dice José María Pemán: no fué una gran creación del espíritu; tuvo leyes antes de tener territorio. Aquellos de nosotros que hemos tenido la suerte de oír a Queipo de Llano por la T. S. H., conocemos el nivel y calidad de su «espíritu». No pretendo aquí contradecir todas las afirmaciones contenidas en el «suplemento» de la «Métropole d'Anvers». Un artículo ha retenido especialmente mi atención: el de Isidoro de Hoyos sobre el incendio del palacio del duque de Alba en Madrid. No discutamos las circunstancias en las cuales este incendio fué prendido por los aviones fascistas, y no volvamos sobre el heroísmo del 5.º Regimiento de Milicias, que efectuó, en un edificio que ardía por los cuatro costados a la vez, el salvamento de un tesoro artístico único en el mundo. Isidoro de Hoyos termina el artículo con estas líneas:

«De todo este tesoro incalculable, lo que no ha quedado destruido ha sido presa de los saqueadores o de los anticuarios judíos. Los incunables se calaron durante días y días bajo la lluvia».

La Junta de Defensa de Madrid no tuvo el menor escrúpulo en apoderarse de todo lo que encontró y le pareció bien meter en sus autos robados... ¡Naturalmente, no se intentó hacer el inventario que se imponía!

¿Tenemos derecho a pensar que las famosas pinturas salvadas de los escombros estén actualmente en sitio seguro?

De todas maneras, se hará mal en creer que Isidoro de Hoyos ignore en realidad dónde se halla actualmente el tesoro de los duques de Alba. Don José Renau ha dado conferencias en París a este respecto y ha hablado en su libro y en un bello artículo publicado en «Bellas Artes», artículo que va acompañado de muchas fotografías, las cuales muestran el aspecto de la exposición de cuadros, obras de arte y tapices salvados del palacio del duque de Alba. Esta exposición, abierta al público, se efectuó en Valencia; yo mismo he tenido en mis manos fotografías inéditas de esta maravillosa manifestación de arte organizada por un pueblo que no se deja aplastar por una guerra particularmente atroz y que halla aún fuerza no sólo para salvar su patrimonio artístico, sino para instalarlo, a fin de que su vista pueda reconfortar a aquellos que luchan todos los días contra todos los peligros, contra todos los sufrimientos y... todas las calumnias. Si estas líneas pueden contribuir, por poco que sea, a borrar alguna de las calumnias más extendidas, habrán alcanzado el único fin que persiguen: el de hacer que se conozca la verdad.

Clarté. Abril. Agnes HUMBERT.